



BEATRIZ BERROCAL

LA DANZA DE
LOS ESTORNINOS



PREMIO AVELINO HERNÁNDEZ DE NOVELA JUVENIL

Que nadie espere encontrar entre estas páginas una historia amable, tierna, cómoda de leer o de las de final feliz, porque no es así. De hecho, ni siquiera me apetece lo más mínimo escribirla, pero es una más de las absurdas obligaciones que me han impuesto y no me queda otro remedio que cumplirla, aunque sea la primera vez que me ponga delante de un papel para hacer algo así. No me gusta la escritura; por lo tanto, no sé lo que saldrá de estas letras. Tampoco es que me importe demasiado, la verdad. Este es el resultado de hacer las cosas por imposición, pero si lo quieren así..., aquí lo tienen.

Me dicen que lo primero es presentarme. Otra tontería, porque yo ya sé quién soy y ellos también, así que lo veo inútil del todo, pero, mira, paso de discutir.

Soy Jan, diecisiete años. ¿Vale con eso? Pues ya está, porque más no pienso poner. Me importa muy poco lo que figure en el DNI, me llamo como a mí me da la gana y al que no le guste que no me llame, que no lo necesito.

—Tampoco se te pide tanto para lo mucho que se te da —dice Cordi—. Y tu experiencia les puede servir a otros.

—Meeeeeeec —digo imitando el pitido de una bocina—. Error. La experiencia de una persona solo le sirve

a ella, no vale para los demás. A mí solo me vale lo que yo vivo, lo que tengo delante de mis narices, no lo que alguien me venga contando que le pasó. ¿Qué me importa si tú viviste esto o aquello de una u otra manera? Eso no me enseña nada, no me vale lo que a ti te haya pasado. Y lo que has dicho de que se me pide poco para lo mucho que se me da...

Prefiero no seguir hablando.

¿Lo mucho que se me da? ¿Este de qué va?

—Sí, no creas que lo he dicho sin pensar. Creo que se te da mucho y no se te ha pedido a cambio nada más que un poco de respeto.

—Se me han pedido muchas cosas que no quería hacer y que he tenido que comerme con patatas. Se me ha pedido estudiar, se me ha pedido examinarme, se me ha pedido apuntarme a un montón de deportes que odiaba...Venga ya, no me cuentes que solo se me ha pedido respeto, porque sabes que eso no es verdad.

—¡Hombre! Movidita guapa... Sería raro, raro, raro.

Suso se cree la mar de gracioso, pero yo no le veo la gracia. Me interrumpe cuando estaba poniéndole a Cordi las cartas sobre la mesa, y ahora ya no tengo ganas de seguir hablando.

—Me da igual lo que pienses, ya te darás cuenta de lo injusto que estás siendo. Yo he venido a comunicarte lo del programa al que entras a formar parte y ya está, ya lo sabes.

—¡Que no voy a entrar en ningún programa de mierda! ¡Que no contéis conmigo para eso!

Y pasa de mí, se da la vuelta y se pone a hablar con el otro tan campante, como si yo fuese humo que se va por el aire y ya no se ve.

Doy un puñetazo en la mesa y me las piro. Lo lleva claro si cree que voy a decir a todo que sí como hasta ahora. Lo lleva claro.

Me falta un mes para los dieciocho, un mes, treinta miserables días que pretenden amargarme como han hecho con los seis años que llevo aquí, pero no lo van a conseguir. Con dieciocho ya puedo trabajar, ya puedo tener un sueldo y vivir por mi cuenta haciendo lo que me dé la santa gana, no dependiendo de esta panda de grillados que van de buenos, de salvadores, y están todos de la olla.

—Tienes que hacerlo, Jan, no te queda más remedio.

Otro que viene a animarme la existencia. Caperu, ya ves, el sabelotodo, el *number one* del barrio... Una eminencia, vamos. Veinte añitos y todavía en el piso tutelado. Ya me cuentas, un ejemplo a seguir, vaya.

—Te lo digo porque a mí me pasó lo mismo: estaba deseando salir del centro para venir al piso y luego vivir mi vida, no tenía ganas de ningún tipo de programa de integración ni nada de eso, pero después me vino bien.

—Sí, te vino fenomenal, vamos, por eso sigues aquí, «viviendo tu vida» y esas cosas, ¿no? La apasionante vida que se vive bajo la atenta mirada de un coordinador que no nos deja ni respirar.

—No seas injusto, chaval. Cordi es de lo mejorcito que vas a tener cerca. Por sus cuidados han pasado

cientos de chicos y chicas que siguen estándole agradecidos años después.

—Genial, muy tierno todo. Estoy a punto de llorar, pero fíjate que me aguanto las ganas. Conmigo no contéis para ir a besarle el culo, os lo dejo enterito para vosotros.

Lo que me faltaba... Tener que estar mostrando un agradecimiento eterno a quienes me han jodido la vida. No, por ahí no voy a pasar. Cuando era un crío no sabía ni dónde estaba, pero ahora ya tengo las cosas claras y no me fío de nadie.

—Bueno, tú mismo —dice el *pasmao* este—. Si quieres hablar..., aquí estoy. A veces viene bien soltar un poco de lastre.

—Que te pires.

Pero, como en vez de sentirse ofendido le da una risilla que me molesta, soy yo el que se va. Me encierro en esta maravilla de cuarto con las paredes llenas de restos de cinta adhesiva, de sombras que han ido quedando al quitar cuadros que llevarían ahí colgados mil años, de marcas de muebles que ya no están... Dicen que tenemos que pintarlo, pero paso. Para el tiempo que voy a estar aquí, que lo pinte el siguiente.

Me tumbo en la cama y veo el techo. Claro, no voy a ver el suelo, ¿verdad? Me pregunto quién vivirá ahí encima. A solo unos metros de mí hay otra vida, otra familia o lo que sea, y yo, aquí tumbado queriendo dejar la mente en blanco pero sin conseguirlo. A pesar de que no es el cuarto de mis sueños, es la primera

vez que tengo una habitación para mí solo. Bueno, la segunda si contamos lo otro.

No voy a entrar a formar parte de ningún programa con ningún psicólogo. La razón es la misma de siempre: no necesito contarle mi vida a nadie, que quede claro; no quiero ni recordarla yo mismo, como para contársela a un extraño al que le pagan por escucharme. Me han llevado a la fuerza a un montón de ellos y no ha servido para nada. No voy a repetir.

Ya lo dije: esto no es un cuento que le vaya a gustar a nadie. Solo tengo una cosa clara: quiero irme de aquí y volar a mi aire, que ya es hora.

Las paredes estaban pintadas de azul y decoradas con fotografías de Jan en diferentes momentos de su vida: con los abuelos, antes de que los dos «se fuesen al cielo»; con su padre, subidos a los coches de choque en la feria; con su madre, cocinando un pastel, los dos con la cara llena de harina... También había fotos del colegio: la graduación en la guardería, la graduación en infantil, la graduación en primaria... Momentos felices que se intentan atrapar deteniendo el tiempo a través del objetivo de una cámara.

La estantería que estaba frente a la cama tenía todas las baldas llenas de juguetes, sobre todo de puzzles, que eran sus favoritos. Su padre se quedaba admirado al ver la facilidad que tenía Jan para situar las piezas más complicadas, aquellas que parecían todas iguales, en las que no se apreciaba ni un matiz que diferenciase unas de otras; sobre todo las del cielo de los paisajes, esas eran imposibles. Su padre, gran aficionado a los puzzles también y «culpable» de haber creado la misma afición en el chico desde pequeño, siempre dejaba el cielo para el final, y podía reunir tres o cuatro puzzles con la parte inferior totalmente acabada, pero a falta de aquellos cielos que era incapaz de completar.

Pronto descubrió la habilidad de su hijo para encajar las piezas que a él le torturaban. El chiquillo llegaba, echaba un vistazo al modelo que venía en la caja con la imagen del paisaje y al puzle que su padre tenía pendiente de terminar, y colocaba unas cuantas piezas un día; al siguiente, algunas más, y en cuestión de dos o tres días lo tenía a punto para la foto triunfal que culminaba el juego: puzle terminado, imagen para la posteridad y meticoloso traslado a la tienda de enmarcado.

Con el tiempo, Jan no solo terminaba los puzles de su padre en una tarde, sino que tenía los suyos en el suelo de su habitación, como una alfombra deshecha que cada día iba tomando forma, para disgusto de su madre, a la que nunca le había dado por colocar una pieza siquiera y quien se quejaba de no poder caminar con tranquilidad por su propia casa por temor a mover algunos de los innumerables rompecabezas que ocupaban ya más sitio en el piso que ellos mismos.

El cuarto de Jan tenía toda la luz del mundo porque una de las paredes estaba ocupada al completo por tres ventanas que se abrían desde el décimo piso a las vistas del puerto. No era primera línea de playa, pero levantarse y ver, aunque fuese a lo lejos, el mar, le gustaba desde que era muy pequeño. Su madre le decía que el mar lo tenía él en la mirada porque había heredado los ojos azules de su abuela y el pelo negro de ella misma.

—Si fueses una niña te lo dejaría crecer mucho y te lo peinaría cada mañana de manera diferente: con trenzas, con moño, con cola de caballo...

Y Jan siempre tuvo la sensación de que su madre hubiese preferido tener una niña en vez de un niño, una sensación que le generaba impotencia porque era algo que él no podía cambiar. No había manera de solucionarlo. Él era un chico y se sentía la mar de bien siéndolo, pero, al ir creciendo y ver a su madre detenerse a mirar vestidos o adornos para el pelo cuando entraban en una tienda para comprarle ropa a él, le hacía pensar que tal vez tuviese la culpa de no sabía qué.

—Ni caso —le dijo su padre una vez en la que se atrevió a comentarle algo de aquello que le preocupaba—. Todas las mujeres quieren tener una hija, pero los hombres preferimos chicarrones como tú. Yo estoy orgulloso de tenerte, y ella también. No te pongas a pensar cosas raras, anda, que los dos estamos felices contigo, chavalote.

Jan no estaba muy seguro de que las cosas fuesen así de sencillas: los hombres quieren hijos, y las mujeres, hijas, pero era muy pequeño para detenerse a darle más vueltas y aquella explicación le sirvió para justificar algunos comentarios de la madre: «Si fueses niña te compraría este vestido o esta falda o esta camisa», «si hubieses sido niña, para la primera comunión llevarías un vestido como este, pero es que los trajes de los chicos son tan... aburridos». Hubo momentos en los que temió tener que ir al colegio peinado con aquellas dichas trenzas que la madre soñaba con hacerle o vestido con una falda llenita de lazos.

Adoraba a su madre y sabía que el sentimiento era recíproco, de eso no tenía duda. Ella trabajaba como

repcionista en un hotel y programaba sus turnos de manera que pudiese compartir el mayor tiempo posible con el niño. Procuraba estar con él a la hora de acostarlo para que no le faltase su cuento diario. Quería acompañarlo en sus tareas escolares, a la hora de las comidas... En definitiva, deseaba estar presente en toda la vida de su hijo y no perderse ni uno solo de los momentos que compartían y disfrutaban los dos por igual.

Jan no tenía primos; sus padres provenían de familias muy cortas, sin hermanos por ninguna de las dos partes, así que solo conoció a algunos hermanos de los abuelos, a los que la edad hizo que pronto se convirtieran en un lejano recuerdo que no tardó en borrarse de su mente.

Tenía amigos con los que pasaba las tardes en el parque o en las respectivas casas si el tiempo no permitía salir. Lo pasaba bien, no echaba de menos nada ni nadie. Entre semana asistía a las actividades extraescolares, en las que se desfogaba jugando al baloncesto o al tenis de mesa y, al llegar a casa, su madre trataba de inculcarle la afición a la música folclórica, de la que ella era ferviente admiradora, pero por la que el niño no mostraba el menor interés.

La madre formaba parte de un grupo musical en el que rescataban canciones populares. Se dedicaban a hacer pequeñas actuaciones, acompañados de instrumentos típicos, como bandurrias, panderetas y laúdes, en las que daban rienda suelta a sus voces, que, bien afinadas, hacían las delicias de sus espectadores.

Normalmente se trataba de público de residencias de mayores, que recordaba las canciones propias de su juventud y que, con frecuencia, se animaba a entonarlas junto a ellos e incluso a echar algún improvisado baile que era agradecido con generosos aplausos.

Jan no quería acompañar a su madre a aquellos actos, en los que se aburría solemnemente. Escuchar *A la luz del cigarro*, *A la entrada de León*, *No se va la paloma* o *Ya se van los pastores* le producía un sueño que difícilmente disimulaba. Se las sabía todas de memoria, esas y las coplas con las que a veces se arrancaban a petición popular. E incluso hasta con alguna ranchera se atrevían, pues *El rey* o *Cielito lindo* eran recibidas con gran regocijo por los entregados espectadores. Aunque se las sabía, se resistía a cantarlas porque, a fuerza de ir siempre a las residencias a ver actuar al grupo, asociaba aquella música con las personas muy mayores, y a él le gustaba más estar con niños de su edad.

Pero si las visitas a los centros de mayores no le gustaban, lo que no se perdía era cuando invitaban al grupo a cantar en la radio.

El primer día que acompañó a su madre, quedó admirado del poder que tenían aquellas ondas que no se veían y que, sin embargo, volaban por el aire para colarse en los miles de casas adonde llegaba el sonido como si se tratase de un truco de magia.

Al ver el interés del pequeño, solían mostrarle los entresijos de las emisoras que visitaban: las mesas en las que se controlaba el sonido, los diferentes estudios

desde donde se emitían los programas, los guiones de cada uno de ellos...

Jan se sintió sumamente atraído por todo lo que rodeaba el mundo de la radio y en su mente infantil se perfiló lo que le gustaría ser en un futuro.

–Yo quiero ser «radiador», mamá.

–¿Radiador? Pero... ¿cómo que radiador? ¿A qué te refieres?

–De la radio, de los que hacen programas.

Las carcajadas de su madre fueron acompañadas de abrazos y cosquillas que se transformaron en una risa conjunta durante un buen rato.

–Tú estudia, anda, que, sea para lo que sea, el estudio es necesario, cariño, y luego ya veremos lo que serás. De momento, no podemos saberlo.

No podían saberlo, como no podían imaginar el giro que darían sus vidas un tiempo después.